

Promesa de matrimonio.
Carta a Almudena Grandes

EDUARDO MENDICUTTI

Querida mía,

El matrimonio nos está distanciando. Quiero decir tu matrimonio, naturalmente. No te lo tomes a mal, no te sientas culpable, el único culpable soy yo. Yo no tengo marido —todavía—, no tengo hijos, tengo una casa que no es una casa sino un lugar para escribir y para dormir. Es verdad que tengo ahijados que son hijos de algunos viejos amores con los que afortunadamente no me casé, porque afortunadamente entonces esa clase de amor —o de lo que fuera— no podía terminar en boda, pero un ahijado sólo da la lata en Reyes y el día de su cumpleaños. Tampoco sé cocinar —ni un huevo frito, no digamos calamares rellenos—, ni sé preparar copas, ni recibir, así que no puedo compartir contigo ningún tipo de experiencia conyugal, paternal, maternal, culinaria o cualquiera de esas otras complicidades que un matrimonio, unos hijos y un verdadero hogar proporcionan. Soy un desastre.

¿Te acuerdas de cuando íbamos juntos a todas partes, o al menos a todas las que tenían que ver con los barullos literarios? ¿Te acuerdas de cuando algunos nos llamaban «la parejita»? ¿Te acuerdas de cuando nos hacíamos el uno al otro las más bizarras confidencias sobre nuestra intimidad, a ser posible en voz bien alta, para que se oyesen bien? ¿Te acuerdas de las pasiones escabrosas que despertabas en quienes despertaban en mí pasiones escabrosas y te conocían? ¿Te acuerdas de lo que nos reíamos en aquel tiempo? Ahora seguimos riéndonos, sólo que menos veces, pero no te preocupes, tú no tienes la culpa, ni la tienen tu marido ni tus hijos, ni tus casas.

Tu marido es cojonudo. Tiene más talento que nadie y, encima, es guapo, es listo, es solidario, es peleón. Y es cariñoso y generoso. Conmigo, desde luego, lo es. Mucho. Yo noto que me quiere y cada vez que publico una novela él escribe en *El País* un artículo poniéndola por las nubes y recomendándola. Yo intento corresponder y, cada vez que él publica un libro de poemas, escribo un artículo elogioso sobre el poemario en *El Mundo*, sólo que, como yo no entiendo ni torta de poesía, a mí me sale mucho peor. Eso sí, ahora que él ha publicado una novela prometo no poner en mi artículo que la novela está escrita con prosa musculosa. Recuerdo que el día de vuestra boda, en el Ayuntamiento de ese pueblo de cuyo nombre no puedo acordarme,

yo estaba desolado y tu marido sacó la conclusión de que no podía superar el disgusto que me habías dado al casarte con él. Por fin os expliqué que ese día estaba agobiado porque, en vísperas de vuestro casamiento, me había ido de la lengua sin querer y había contado delante de quien no debía que en tal fecha, a tal hora, en tal sitio os ibais a casar, decisión que habías querido mantener en secreto para la prensa. *El Mundo* dio la exclusiva y aquel pueblo, el día señalado, se llenó por mi culpa de periodistas y fotógrafos fastidiosos, por eso yo estaba tan triste. ¿Cómo iba yo a estar disgustado, con lo contenta y lo radiante que tú estabas, y sigues estando, por haberte casado con ese hombre?

Tus hijos son estupendos. Me encanta ver a tus hijos. Tu hija pequeña es tan guapa, tan expresiva, tan avasalladora, tan sincera, tan espabilada, tan segura de sí misma como tú. Tu hijo se ha puesto bien atractivo y la diabetes, por incordiante que sea, añade un tremendo encanto a ese muchacho que estudia asombrosamente filosofía pura. Es joven, apuesto, inteligente, tranquilo y diabético: es *sexy*. Tu otra hija pide a gritos un buen reportaje fotográfico en una publicación sobre bellezas adolescentes y a mí me parece que ha sacado la cabeza brillante y el carácter drástico de su padre, esa mezcla de emotividad y rigor que resulta tan seductora. Ya te digo, me encanta verlos, aunque siempre respeto ese leve distanciamiento que ellos

procuran combinar, cada uno en su estilo, con las manifestaciones de cariño, una mezcla característica —creo— de los chicos y chicas de su edad. Bueno, supongo que los chicos y las chicas de la edad de tus hijos son así, cada uno a su manera, aunque del modo de ser de mis ahijados, que tienen años parecidos, sólo me preocupo, con mucha pereza, a la hora de elegir los regalos de cumpleaños y de Reyes. Soy pésimo haciéndoles regalos, claro. Si al menos tú y yo encontrásemos algún momento, de cuando en cuando, para hablar de las cosas de los hijos...

Luego están los amigos. Son fantásticos tus amigos, nuestros amigos. Todos estos amigos están emparejados, están casados a efectos prácticos, conocen bien, y comparten contigo y con tu marido, las surtidas circunstancias de la vida conyugal. Suelo verlos en tu casa, en esas cenas rumboosas que organizas cada dos por tres, cenas en las que siempre, siempre cuentas conmigo y en las que, según todo el mundo, demuestras que eres tan buena cocinera como escritora, aunque yo creo que eso es imposible, porque ni siquiera tú puedes conseguir en la cocina —por sensacional cocinera que seas, que lo eres— lo que consigues en tus novelas. Con una excepción: los calamares rellenos. Si todo lo que cocinas es inmejorable, no hay adjetivos que celebren con justicia tus calamares rellenos. Yo, al menos, no encuentro calificativos exul-

tantes para elogiártelos, para agradeceréte los. Tus calamares rellenos me llegan al corazón. La primera vez que los comí, en tu casa, se me escapó un borbotón sentimental. Te dije: «Los calamares rellenos sólo me los hace mi madre y tú». Bueno, mi madre, aunque se encuentra la mar de bien, ya no está para calamares rellenos, la verdad. Los calamares rellenos ya sólo me los haces tú. Y, cuando los haces, les dices a nuestros amigos que los haces, sobre todo, para mí. Y, cuando dices eso, yo siento que estoy practicando con nuestros amigos la hospitalidad doméstica que nunca ejerzo.

Hay un amigo mío que siempre, siempre me pregunta por ti. Es búlgaro. Te conoció en la boda de un amigo suyo, también búlgaro, a la que te pedí que me acompañaras. Tú te apuntaste con el entusiasmo que te caracteriza, sobre todo si por medio hay pasiones enrevesadas y divertidas. Mi amigo búlgaro fue a la boda con su novia, también búlgara, pero por entonces él y yo estábamos liados. Lo he contado en una novela. El banquete nupcial, para seis personas —los contrayentes, el búlgaro y su novia, tú y yo—, tuvo lugar en un muy turístico restaurante del Madrid de los Austria y lo pagué yo, fue mi regalo de boda. En cuanto nos hubimos despedido, a mi novio búlgaro le faltó tiempo para llamarme y decirme que teníamos que hacer un trío: él, tú y yo. Le dije que no podía ser, que a ti y a mí iba a darnos la risa. Se lo

he tenido que repetir montones de veces. Han pasado más de quince años y el monumental búlgaro de entonces se ha estropeado bastante, pero siempre, siempre me pregunta por ti.

Más tarde entró en mi vida, incluida mi cuenta corriente, otro búlgaro —menos monumental, pero monísimo— y, también, en cuanto te conoció, se emperró en que tenía que hacer un trío contigo y conmigo. Le dije que era imposible, que menuda risa nos iba a dar a ti y a mí. Y lo mismo les he tenido que decir al novio brasileño, al novio portugués, al novio murciano, que sucesivamente han ido llegando a mi vida. Qué perra la de todos con el dichoso trío... ¿Qué tienes, corazón? Claro que, para propuesta de *ménage à trois*, la del chileno al que conocimos en Santiago, en aquel memorable viaje que hicimos juntos al Cono Sur, a finales de los años ochenta.

Lo conocimos en la Plaza de Armas. Estábamos tú y yo dando una vuelta, y de pronto te dije: «Espérame por aquí. Creo que he ligado». Momentos antes, había descubierto yo la mirada codiciosa de un tipo treintañero, delgado, convencionalmente guapo, vestido con chaqueta azul, pantalón gris, camisa blanca y corbata. Llevaba un maletín de oficinista o de representante de lencería más o menos fina. Me acerqué a él con la absoluta seguridad de que allí había tema, como se decía cuando yo era joven. Desde luego, había lascivia

en sus ojos. Le dije que era español y escritor. Me preguntó quién eras tú. Le dije que una amiga, también española, también escritora. Me dijo que se moría de ganas de montárselo con los dos; bueno, lo diría como dirán esas cosas los chilenos, que no me acuerdo. Me pareció lo más. Me puse nervioso. Le expliqué que no teníamos tiempo, que quizá otro día. Me costó Dios y ayuda conseguir que se fuera, que no insistiera, que me dejara preparar el terreno, que a una chica, por muy escritora que fuese, no se le pueden plantear esas cosas de sopetón. Naturalmente, tenía que contártelo, y a lo mejor acababa pasando algo, así que le dije al tipo en qué hotel estábamos. Luego, cuando te lo conté, te hizo un montón de gracia, claro. Se lo contaríamos a todo el mundo. Quedaríamos ante toda la literatura española contemporánea como una pareja guapa, sexy, irresistible. Con lo que no contábamos era con que nuestro ansioso pretendiente apareciera en el hotel por la mañana. Qué noche pasaría el hombre... Venía encendido, impaciente, insistente. Nos pilló en la recepción. Se moría de ganas. Tú me pediste que diera la cara por los dos. La di. No le dejé acercarse a ti. Le expliqué al tipo que no podía ser. Que a ti y a mí iba a darnos la risa. Él me suplicaba: «Por favor, por favor, por favor...». Fui amable, perdí la paciencia, me puse serio. Tardó casi una hora en darse por vencido. Por fin se fue, destrozado. Desde la puer-

ta me miró, te miró, como si le hubiéramos arruinado la vida. Al cabo de tanto tiempo, ¿se acordará de nosotros alguna vez, como tú y yo alguna vez nos acordamos de él?

El que seguro que no se ha olvidado de nosotros es el buen hombre que, también durante aquel viaje, ocupaba el asiento de clase preferente en primera fila, justo delante de nosotros, en el vuelo entre Madrid y São Paulo. Doce horas. Con algo teníamos que entretenernos tú y yo. Y decidimos entretenernos contándonos sin parar las mejores heroicidades eróticas de cada uno, con todo lujo de detalles, en voz bien alta. Qué viaje le dimos a aquel pobre señor... Cómo rebullía en su asiento, cómo sudaba, cómo nos miraba cada vez que tenía que levantarse para ir al lavabo, para estirar las piernas, para beber agua, para calmarse... Y, nosotros, dale que te pego sin parar, durante doce horas. Bien pensado, es lo más parecido a un *ménage à trois* que hemos llegado a hacer tú y yo.

Inolvidable, ¿verdad? Pero, sobre todo, irrepetible. El matrimonio ha venido a interponerse entre los dos. Menos mal que —dicen— el matrimonio ofrece otro tipo de satisfacciones. Quiero disfrutarlas contigo. El único descarriado soy yo. No estoy casado, no tengo hijos, no tengo casas, no sé hacer ni una simple tortilla de patatas —no digo ya calamares rellenos— que pueda ofrecer a nuestras amistades. No puedo hablar de nada de

eso, no puedo compartir ninguna de esas experiencias. Pero no te sientas culpable, faltaría más. Soy yo el que tengo que solucionarlo y lo voy a solucionar. Voy a jugar el mismo juego. Así volveremos a compartir cosas. Ahora puedo. Compartiremos continuamente las vicisitudes conyugales, los gozos y las sombras de la paternidad y la maternidad, los encantos y desencantos domésticos, la vida de casado. Por eso te escribo esta carta. Para prometerte solemnemente que voy a ser por completo uno de los vuestros, que me voy a casar. Será con un chico que sepa conducir y que sepa cocinar. Y adoptaremos niños. Aún no sé cuándo, aún no sé con quién, pero lo haré. Ahora nosotros también podemos.

Mira lo que soy capaz de hacer por ti, querida mía.

Besos interminables,

EDUARDO MENDICUTTI